

otras, vueltas alrededor del establo, parecía buscar el punto por donde introducirse. En el interior era indudable que las cabras se habían despertado sobresaltadas é inquietas, porque se oía el rumor de sus campanillas.

Nuestros pastores, poco habituados á semejantes encuentros, no estaban muy tranquilos; y, mientras uno se deslizaba hacia la cabaña para despertar á sus compañeros, el otro, desasosegado y tembloroso, preparaba el mosquete que tenía entre sus manos.

Entretanto, el oso, que había dirigido su ataque á la puerta, había logrado, al fin, forzarla y penetrar en el interior del establo. Las cabras salieron precipitadamente, exhalando plañideros balidos, refugiándose, locas de terror, entre los riscos vecinos. El oso salió el último, llevando una cabra muerta, que comenzó á devorar tranquilamente.

Llegaron, al fin, los pastores, armados de picos y palos, avanzando con precaución. Uno de ellos, que en su mocedad había sido diestro cazador de gamos, tomó el fusil de las temblorosas manos de su compañero, y marchó impávidamente al encuentro del oso, que, al verle, se irguió, lanzando un gruñido siniestro. El pastor hizo fuego, tocándole en el pecho, mientras que los otros, ya con más valor, se precipitaron sobre el oso, que sucumbió ante el número de sus enemigos. La fiera era un oso pardo, que pesaba doscientas cuarenta libras.

En los Alpes el oso es muy peligroso, sobre todo cuando reinan brumas espesísimas, que permiten á la fiera aproximarse cautelosamente al ganado.

El oso adulto y viejo ataca á las vacas, bueyes y caballos. Los ciervos, cervatillos y gamos apenas caen en sus garras por ser tan rápidos y ligeros.

El oso pardo come rara vez los restos de un anterior festín; sin embargo, según refiere Luis Enault, un cazador de Hermandsnaze, erró el disparo dirigido á un oso, que cayó sobre él y le derribó. El hombre quedó desvanecido, y como la fiera le juzgó muerto y no tenía apetito (el oso sólo come cuando tiene hambre) resolvió guardarlo para su próxima comida. Empezaba á enterrar al cazador, pero por fortuna volvió éste en sí, y, comprendiendo la inminencia del peligro, hizo un violento esfuerzo para incorporarse, y, armado de su cuchillo, cortó la carótida á su terrible sepulturero.

Los movimientos del oso parecen más pesados de lo que son en realidad. Marcha lentamente cuando se halla tranquilo, pero cuando está colérico corre velozmente. Su carrera sobre un terreno en declive es más rápida que en la llanura por la longitud de sus patas

traseras, y por igual motivo desciende muy lentamente.

En febrero, época en que las plantas de sus pies pierden la epidermis, el oso camina con gran dificultad; pero siempre nada á maravilla y sube con pasmosa rapidez sobre los árboles.

El oso vulgar posee exquisito olfato, que le sirve de guía cuando busca su presa; olfatea al hombre á una distancia de dos á trescientos pasos, y puede seguir la pista con toda seguridad. Su oído es fino, á despecho del poco desarrollo de sus orejas; pero, en cambio, su vista es corta y escasa.

El mismo Tschudi, en su obra *Los Alpes*, hace una pintura deliciosa del carácter grotesco del oso. «No existe,—dice,—un animal más divertido y humorístico y bonachón. El oso pardo tiene un carácter franco, abierto, sin artificio ni falsedad. Su imaginación é inteligencia son pobrísimas; todo lo fía á la fuerza. Es capaz de hacer salir una vaca de un establo por el agujero que ha abierto en el techo, y arrastrar un caballo de un lado á otro del precipicio más profundo. Trata de obtener, directamente, por la fuerza brutal, lo que logra la zorra con su astucia y el águila con su poderoso vuelo. No es tan feroz, voraz, ni repulsivo como el lobo; no permanece largo tiempo en acecho y combate frente á frente con el cazador, al que no ataca en seguida con sus terribles mandíbulas, sino que procura ahogarle entre sus vigorosos brazos.

El pelo negro y ensortijado del oso, su hocico obtuso, sus pequeños ojos parduzcos y benévolos, su cola corta, sus anchas patas, su aire calmoso, tienen algo de más noble y sociable que el aspecto del lobo, cuyo color indeciso lleva impreso el sello de la falsedad.

El oso respeta el cadáver del hombre, no come á sus congéneres; y, mientras el lobo hace en otoño y en invierno correrías de ochenta y cien leguas, el oso se aleja á lo más veinte ó treinta leguas de su guarida.

Á pesar de su aire pesado, el oso corre bastante rápidamente sobre el terreno llano para poder alcanzar fácilmente á un hombre. En el momento del peligro, el oso se trueca en furioso y terrible; y la prudencia aconseja que el cazador no debe tirar jamás sobre un osozno cuando está bajo la égida de su madre, pues entonces es casi segura su muerte. El oso herido es también terrible. Se dirige en derechura á su adversario; y, si éste no ha logrado hundir el puñal en su corazón, entonces la fiera hunde sus garras en las carnes de su enemigo, hasta que uno de los dos adversarios ha caído en el suelo.

Los osos de los montes Karpatos son notables por su

porfía extraordinaria en perseguir al cazador que les ha herido; día y noche, de bosque en bosque, de roca en roca, atravesando arroyos, ríos y torrentes, siguen su pista, le acechan horas enteras, le buscan en los escondrijos y en las grutas, y sólo la muerte pone fin á sus pesquisas.»

El ingenioso escritor, autor de *Los Alpes*, en nuestro concepto ha exagerado el carácter bonachón, dulce y amable del oso, pues es sencillamente un animal grosero, despojado de inteligencia y de aspecto cómico y grotesco.

Muchos detalles podríamos añadir para caracterizar al oso común, proporcionados por los más insignes naturalistas; pero por la índole de esta obra preferimos entrar de lleno en la narración de la caza de aquella fiera.

## II

La caza del oso es una de las más peligrosas, aun después de haber los cazadores desmentido en estos últimos tiempos varias espantosas consejas que corrían de boca en boca. El oso salvaje es intrépido, cuando menos indiferente ante el peligro y ante la presencia del hombre no vuelve la espalda. Sin embargo, se afirma que un penetrante silbido le sorprende hasta el punto de que se para y se levanta sobre sus pies traseros, ocasión propicia para tirar sobre él y matarle, porque si sólo se halla herido se lanzará furioso sobre el cazador, le abrazará con sus velludas y vigorosas patas delanteras, y es entonces casi segura su muerte.

Para cazar el oso es menester salir de Alemania y dirigirse á la Transilvania ó Escandinavia.

Los fríos y calmosos habitantes de Noruega y Transilvania dicen que para excelentes tiradores la caza del oso no ofrece grandes peligros.

Buenos perros son los mejores auxiliares de los cazadores. Descubren el oso, le detienen é impiden que se eche sobre el cazador; pero de todas suertes el oso herido es siempre muy peligroso.

«En Noruega,—dice Luis Enault en su libro sobre el mismo país,—los cazadores van de tres en tres para cazar el oso, se dirigen hacia los *fields*, á ocho ó novecientos pies sobre los valles, entré espesísimas malezas, se le hace salir de su escondrijo, y en cada pliegue de la montaña se encuentra un cazador sólo, dotado de músculos de acero, pecho valeroso, que no teme los abra-

zos del huésped de las selvas. El oso que no cae herido se levanta sobre sus patas traseras, se dirige hacia el cazador, y lucha con él hasta que uno de los dos enemigos, y á veces los dos, quedan muertos.

Los lapones tienen grandes y fuertes perros, que no retroceden ante el peligro. Los habitantes de aquellas regiones combaten á la fiera con una alabarda corta cuando carecen de carabina. En invierno persiguen á la fiera sobre la nieve, montados sobre sus patines, lo que les da una gran ventaja sobre la fiera. La caza del oso se realiza en aquel país con cierta solemnidad; el primero que ha hallado las huellas del animal marcha á la cabeza, sin otra arma que un bastón de mando, adornado con puño y contera de latón; tras él sigue el hechicero, muy respetado entre los lapones, y en tercer lugar el que ha de asestar el primer golpe á la fiera. Cuando se encuentran frente á frente al enemigo, semejante orden de batalla hállase las más de las veces roto por las peripecias imprevistas de la lucha; pero todos cumplen valerosamente su deber, y se hallan de tal suerte seguros de la victoria antes de haberle cazado, que escogen el sitio donde le comerán. Una vez cazado, cada uno llena su tarea; uno le despoja de la piel, otro corta la carne, otro va en busca del agua, mientras que el cuarto se dirige al bosque en busca de leña. Todo esto se realiza no sin cierta solemnidad, y cantando extrañas y características canciones y bailando. Muerto el oso, los lapones le azotan, y las mujeres mascan corteza de aliso y escupen á la cara de los hombres una saliva rojiza para figurar la sangre del oso. Mientras se condimenta la carne de la fiera, las mujeres no se aproximan á la cabaña del cazador, y la comida venatoria no es común á los dos sexos; y el amor á la verdad nos obliga á decir que, prescindiendo de toda galantería, los hombres guardan para sí la mejor parte.

El cazador lapón se muestra orgulloso de sus cacerías del oso, y uno de los distintivos más apreciados, suerte de cruz de honor de aquel país, són los hilos metálicos puestos en su sombrero, cuyo número indica el de los osos muertos.

En la Lituania la caza del oso se realiza, habitualmente, reuniéndose gran número de cazadores para la batida, y emplean perros de la casta de grandes *dogos*, porque los perros de carrera ó fuerza sólo son buenos para ojear á la fiera.

Un fusil de dos tiros bien cargado y un cuchillo son las armas que usa el cazador propietario finlandés. El rumor producido por las ramas y las malezas anuncia que el oso ha sido lanzado de su guarida. En los pri-





UNA FAMILIA GROTESCA